

El historiador brujo o la razón diluida. Manuel Caballero reconsiderado¹

The witch historian or reason diluted. Manuel Caballero reconsidered

Leonardo Bracamonte²

Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela

<https://orcid.org/0000-0001-9255-0306>

lebracamonte@gmail.com

Recibido: 02/10/2020. Aceptado: 02/02/2021.

Resumen

La intención del siguiente trabajo se centra en una reconsideración de la obra del historiador venezolano Manuel Caballero. Con el incremento de una sociedad altamente politizada, hacia finales de la década de 1990 y principios de la primera década del siglo XXI, uno de los intelectuales que se conformó como figura referencial para orientar la opinión general fue, sin duda, Caballero. Su proyección de historiador crítico, así como su idea de una historia del siglo XX político, se fue afianzando no solamente entre sus lectores sino igualmente a lo interno del propio campo cultural venezolano. El estudio trata de problematizar estas ideas haciendo una lectura más detenida de algunos de los aspectos de su obra. Se contrasta su enfoque histórico con la obra fundamental de Fernando Coronil, *El Estado mágico, naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. El presente ensayo debe evaluarse en términos generales como una crítica a una historia ultra-especializada.

Palabras claves: Siglo XX, historia, epistemología, Manuel Caballero, Estado.

Abstract

The intention of the following work focuses on a reconsideration of the work of the Venezuelan historian Manuel Caballero. With the rise of a highly politicized society, towards the end of the 1990s and the beginning of the first decade of the 21st century, one of the intellectuals who established himself as a reference figure to guide general opinion was undoubtedly Caballero. His projection as a critical historian, as well as his idea of a political history of the twentieth century, became established not only among his readers but also within the Venezuelan cultural field itself. The study tries to problematize these ideas by taking a closer look at some of the aspects of his work. His historical approach is contrasted with the fundamental work of Fernando Coronil, *El Estado mágico, naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. The present essay must be evaluated in general terms as a critique of an ultra-specialized story.

Keywords: 20th century, history, epistemology, Manuel Caballero, state.

¹ El título merece una explicación. No se intenta develar el contenido mitificante de un pensamiento para entonces afirmar la conveniencia de una racionalidad que retorna. Más concretamente, no se trata de contraponer a un enfoque limitado, otro más *objetivo*. En realidad, tales separaciones asociadas a la guerra de las antinomias son cada vez más ineficientes a la hora de construir un enfoque útil. En este contexto la mención a Caballero como el historiador brujo no debería verse despectivamente. Aunque él sí entendía que la conquista de la razón debía suponer un combate consistente en contra de las valoraciones. Como si las premisas mismas de su disposición intelectual y mesiánica, no estuvieran *contaminadas* de una altísima carga valorativa. La mención historiador brujo refiere a un texto del propio autor, *El Poder Brujo. Ensayos de Polémica y otras tintas*, publicado por Monte Ávila en 1990.

² Profesor Agregado de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela; historiador y Doctor en Ciencias Sociales de la misma universidad. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran *La composición latinoamericana del análisis de los sistemas-mundo* (2020) y *El declive de la democracia liberal de partidos en Venezuela. (1974-2001)* (2016).

El poder de persuasión de un recuento histórico depende,
como el de un acto de magia,
de que los artificios de su producción se mantengan ocultos.

Fernando Coronil.

Como la historia, escribir es una batalla de posiciones.

Fernando Coronil

Autorretrato

Probablemente sea Manuel Caballero uno de los intelectuales de finales del siglo XX y principios del XXI venezolano, que más se haya preocupado por construirse una imagen estrechamente vinculada con la potencia que tendría la razón ilustrada, expresada a través del despliegue del ejercicio moderno del argumento. En sus trabajos asociados al análisis de la historia, su lectura devela el intento por comprender determinados fenómenos y procesos sociales sin negar para ello el concurso de la pasión; al menos así lo sostenía Caballero. Esta descripción me parece inequívoca pero no deja de ser superficial y aún más, analíticamente restrictiva. La constitución de esta auto-representación no solo fue consecuencia de un trayecto intelectual expresado en una vocación reivindicadora del pensamiento secular, sino que a lo interno del propio campo cultural venezolano, Caballero fue consistentemente apreciado como un historiador negado a reproducir formas de pensamiento generalmente convencionales. En consecuencia, su presencia o más bien se diría su vigilancia, sus formas de estar alerta y de llamar la atención provienen, así se piensa aún, de una disposición insubordinada. ¿Pero hasta qué punto su producción intelectual se enmarca en una tradición crítica? Lo que viene es un intento de problematizar este conjunto de ideas previas.

El contexto social de finales del siglo XX y los primeros años del presente siglo, en el que la sociedad venezolana se politizó intensamente, aseguraban a los intelectuales (y a Caballero especialmente), que sus posturas con respecto, sobre todo, a lo que estaba ocurriendo, contaran con la conformación de un auditorio dispuesto a discutir sus planteamientos. La imagen de un Caballero polemista, racionalista, ilustrado, fue promovida por buena parte de los intelectuales integrados de finales del siglo XX. Una publicación editada por la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV impresa en 1999, incluso varios años antes de la muerte de Caballero, ocurrida en el 2010, hacía énfasis, precisamente, en la constitución de esta valoración³ (VV.AA.1999). El libro es destacable no solo porque representa la opinión de los miembros del campo cultural venezolano a la trayectoria de uno de sus “cuadros” más relevantes. Realizadas esas opiniones en distintas etapas asociadas a la producción del autor, deben leerse en conjunto, en términos indiciarios, como un auto-reconocimiento establecido por ellos mismos para ellos mismos, es decir, dirigido a cada una de esas trayectorias de los intelectuales integrados, algunas de ellas, sin duda, destacables. No es casual que el libro inicie con una entrega, a manera de presentación, del filósofo Luis Castro Leiva; el título es elocuente: *La ira de la ilustración*. Castro rescataría a Caballero del conjunto de historiadores más bien predecibles que reproducen “modos establecidos de historiar emanados de alguna escuela, donde halla refugio la fuerza de lo parroquial”, más concretamente, “el celo nacionalista que preserva el celo de identidad”⁴ (VV.AA, 1999, p.14)

3 Aunque el libro está compuesto de trabajos que resaltan determinados aportes de la obra de Caballero, no existe un artículo que aborde su obra integral. La mayoría son artículos de prensa.

4 Agrega Castro Leiva, apartando a Caballero (al menos ese es su objetivo), de las prácticas que definen a los historiadores normativos. Estos historiadores serviles al “textualismo documental” hacen ayunar el juicio crítico atándolo de tal forma a la yunta tediosa de un prolífico elenco de lugares comunes admonitorios acerca de la “imparcialidad” de la historia o de la “objetividad” científica. (Luis Castro Leiva. p.14). Por su parte, sostuvo en su momento Simón Alberto Consalvi que Caballero, “No le teme a la ordalía de escribir y de expresarse, y disfruta de la polémica como de un arte propicio para ejercer el privilegio de pensar [...] Como de Juan Vicente Gómez y de Rómulo Betancourt, también de Caballero podría decirse que “se le adora o se le detesta, pero es imposible desdeñarlo”. (p. 121). Apunta Luis Alberto Crespo, en concreto sobre el texto de Caballero “Gómez el tirano liberal”: “No podía menos Manuel Caballero que dar rienda suelta a su juego de conjeturas y a su conducta de desmitificador, molestando a los cultores de la figura del Libertador, como Dios y Padre de la Patria, al dedicar buena parte de su biografía política a la coincidencia, que quiso que Gómez naciera el mismo día que Bolívar y muriera, como éste, un 17 de diciembre” (p. 98).

La figura pretendidamente volteriana de Caballero, el contenido, digamos, de su capital simbólico, se hizo históricamente pertinente, además, en medio de las acechanzas que provenían de fuerzas sociales que disputaban, a finales del siglo XX, la hegemonía política del país, como consecuencia del agotamiento de la democracia de partidos instaurada a partir de 1958. Así lo quería destacar Castro Leiva:

Caballero es hoy el más claro exponente de la Ilustración que nos queda en el combate por la opinión pública venezolana, sobre todo ahora que la razón se emplaza y amenaza hacernos regresar al romanticismo revolucionario y al decisionismo mesiánico, unidos bajo el manto de un nacionalismo que confunde todo con nada y que pudiera reducirse a la fuerza. (ob.cit. p.17-18)

Me planteo un análisis sobre una parte importante de la producción de Manuel Caballero asociada a sus trabajos de investigación histórica. En primer lugar extraigo de sus textos algunas de las premisas que constituyen, según creo, los fundamentos de su trabajo de historiador. Seguidamente, comento el sentido del siglo XX en la obra del historiador larense para, posteriormente, emprender una crítica sobre la disciplina de la historia, como un saber ultra-especializado. Hacia las últimas secciones, problematizo las premisas normativas del trabajo del historiador convencional mencionadas al principio del artículo. Por último, discuto a la luz de la reconsideración crítica de la producción de Caballero, la contribución de Fernando Coronil en su texto cardinal *El Estado mágico: naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, visto como un esfuerzo que replantea la historia política venezolana en unos términos radicalmente experimentales.

Pretender la diferencia

En uno de sus textos de madurez, el historiador larense describe, a grandes trazos, las líneas de una estrategia de distinción (Bourdieu) que va configurando su propio auto-retrato. Me refiero a los intereses político/intelectuales de un investigador que lo han definido a lo largo de un tiempo. Revisitadas estas afirmaciones, Caballero no reflexiona en profundidad sobre las inherentes condiciones de posibilidad para un emprendimiento capaz de sustentar la viabilidad epistemológica del conocimiento histórico, muchos de estos *axiomas* los realiza como quien está promoviendo un inventario apenas necesario en el desarrollo de su propio oficio.

Tal conjunto de enunciados “aparecen” dispersos en sus escritos, lo que llama la atención es que esta vez se muestren, en su mayoría, en conjunto en uno de sus libros publicados hacia la segunda mitad de los años noventa; en la plenitud de su producción intelectual. Aparecidas así juntas estas afirmaciones, Caballero busca presentarlas como revestidas de polémica, ahí estaría su intención, digamos, “política”.⁵ Concretamente el texto es *Ni Dios ni Federación* (Caballero, 1995).

Aunque, como lo dice en el texto, no se trata de negar o afirmar los asuntos del más allá, el título resume bien la intención de problematizar una tradición proveniente del siglo XIX dispuesta en los documentos oficiales, según la cual los valores invariantes de la nación tendrían como horizonte la asociación entre la existencia de la comunidad nacional con la divinidad (por tanto, Venezuela debía ser eterna), al tiempo en que el imperativo de la federación consignaba las bases de una organización política que integraba las distintas regiones de la nación, en el cometido de superar las divergencias que la habían fragmentado, debilitando la fragua histórica del proyecto nacional. El historiador entonces negaba tales premisas así explicitadas en el título del libro: *Ni Dios Ni Federación*. En la primera negación de estos postulados mantenía que, si bien, el conjunto de la sociedad venezolana era patentemente indiferente a los llamados al orden de Dios, se había hecho de una religión laica, la religión bolivariana. La segunda de estas afirmaciones sí era enteramente falsa; Venezuela, exactamente sus núcleos territoriales de poder político-económico, había sido arrogantemente centralista y la economía petrolera había profundizado esta forma de exclusión hasta hacerla parte de un escenario estructural.

Pero sobre lo que quiero llamar la atención es al carácter dado por Caballero al trabajo del historiador, pues en realidad le otorga una connotación militante. Más adelante nos detendremos en cada una de estas afirmaciones. Aquí las mencionaremos brevemente con la idea de retenerlas para poder controvertirlas al final de este ejercicio.

5 Caballero ciertamente escribió sobre las destrezas implicadas en el ejercicio de la polémica. La polémica y los polemistas. En: Manuel Caballero. (Compilador, Prologo, y Comentarios). *Diez grandes polémicas en la historia de Venezuela*. Caracas, CGR, 1999.

Se trataba de plantear, en primer lugar, la premisa de que la reconstrucción de una historia política debía asumirse como un “combate contra la historia mítica” (Caballero, 1995, p. 5); hablamos acá de una proposición disciplinaria inscrita como un fundamento de la historia secular durante el siglo XIX, en momentos de su constitución como una disciplina separada, (es decir, no podía estar afirmando ninguna novedad desestabilizadora), lo que en realidad es un postulado normativo. Pero Caballero necesitaba reafirmar la idea puesto que el enemigo amenazaba con implantar un nuevo orden que desplazara la limitada democracia de partidos.

En el contexto específico venezolano, tal oposición a la mitificación tiene relación con la justificación del personalismo en la vida política. A lo que apunta su planteamiento es que el establecimiento de los regímenes civiles había supuesto una despersonalización del poder. Se trata de plantear entonces una “lucha sin cuartel contra las tendencias salvacionistas, contra esos fundamentalismos que Voltaire fustigó llamándolos infames y que renacen de sus cenizas a cada vuelta de la historia” (Caballero, 1995, p. 5). La segunda afirmación que Caballero más bien problematiza es aquella según la cual la historia es maestra de vida, un conjunto de enseñanzas que estarían instauradas moralmente para orientar la acción del presente. Esta premisa tendría entonces un agravante, capaz de cobrar sentido para el momento en que está escribiendo.

La forma más primitiva pero no la menos perniciosa de tal tópico es ese culto a los muertos que algunos profetas armados de patriotismo pretenden hacer pasar por pensamiento político. Vestidos de sotanas laicas, buscan introducir una irracionalidad semirreligiosa en la muy vieja y terrenal lucha por el poder (ob.cit. p. 6)

El tercer asunto sobre el cual quiero hacer énfasis para pensar sus implicaciones, tiene que ver con la controversia de lo que Caballero llama, a falta de mejor nombre, “fuerzas ciegas”. En sus palabras alude a la centralidad analítica que tendrían en las ciencias sociales fuerzas subyacentes de la historia y su determinación para explicar, en última instancia, los acontecimientos para condicionar o reorientar la acción de agentes interesados. Así, el planteo se decanta en contra del marxismo, designado por Caballero en la mayoría de las ocasiones como marxismo ortodoxo -lo que en realidad sostengo que es marxismo-leninismo- y la reunión de proposiciones políticamente llevadas a término durante el siglo XX como socialismo realmente existente.

Llama la atención que un debate que tuvo y aún tiene, en el campo de las ciencias sociales, amplias repercusiones históricas, teóricas y epistemológicas, el autor lo despache de una forma extraordinariamente simplificada. Tienen importancia sus alusiones frente a este asunto, sin embargo, puesto que fue una de las premisas a partir de las cuales justificaba su estudio biográfico sobre el dictador Juan Vicente Gómez. Si bien en su texto el autor incluye a los positivistas asociados puntualmente con los marxistas, en la idea cardinal que para sus explicaciones tendrían lo que, de nuevo, define como fuerzas ciegas, independientes de la voluntad humana,

Con el general Gómez, además, ha ocurrido un caso particular. Va a ser exaltado por una corriente de pensadores -los positivistas- y aborrecido por otra- los marxistas- que tienen en común la tendencia a no ver el desarrollo de la historia más que como resultante de la impulsión de fuerzas ciegas o, en todo caso, independientes de la voluntad general (Caballero, 1994, p. 11)

Una última consideración vinculada más bien con una ausencia, me refiero a la idea de un vacío que proviene de la revisión detenida de buena parte la obra de Caballero. Tal es la notable falta de un concepto de política con el que el autor pueda trabajar en las sucesivas investigaciones que emprende. Se trata de la necesidad de contar, más aún si hablamos de un especialista en historia política, con un concepto que funcione, en general, como un timón para orientarse mejor frente a las dinámicas aparentemente imprevistas de los procesos sociales. Un concepto a partir del cual trabajar en una perspectiva explicitada, capaz de contribuir a centrar un análisis, a alumbrar determinados asuntos y eventualmente a oscurecer otros. Finalmente también para problematizar al propio concepto, ampliarlo o refinarlo, y por supuesto, en su momento y si fuera el caso, abandonarlo. Caballero no desarrolla un concepto de política. Solo se limita a realizar comentarios esparcidos por sus libros, dispuestos como saludos a la bandera de su particular historia política. A falta de una clarificación conceptual el resultado esperado es una simplificación vacua “¿Qué es una relación de poder, qué es una lucha por el poder, qué es la expresión de una voluntad de poder sino el ámbito y la problemática de lo que desde siempre se ha llamado “política” (ob. cit, p. 25).

Quisiera discutir estos tres problemas para contribuir a develar sus diversas implicaciones epistemológicas e incluso políticas. Antes, es necesario adentrarnos en dos tramos de la historia del siglo XX tratadas por el historiador. Me refiero concretamente al lapso que comprende los últimos años de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez, básicamente las repercusiones del acontecimiento de 1928, pero asociado con los años de la transición hacia la democracia (1936-1948). Un tiempo que Caballero, con alguna razón, llama “la invención de la política”. (2010, p. 99-131). El otro período que pondremos en consideración a la luz de su específico tratamiento es la etapa terminal de la democracia liberal de partidos, o lo que Caballero llama “la agonía de la política”.

La invención histórica del siglo XX político

El espacio-tiempo que cubre la historia del siglo XX es un lapso que Caballero ha poblado con marcas fijadas para direccionar un recorrido analítico peculiar. Esas marcas articulan el sentido de unos hitos sobre los que el historiador quiere hacer énfasis en la intención de dejar constancia de alguna interpretación, colocado en el imperativo de explicar la progresiva constitución del orden liberal venezolano. Se trata de la narración de una historia que establece un pacto no verbalizado con el orden que el tiempo ha ido estructurando durante casi cien años. Caballero es el historiador que ha generado, a lo largo del tiempo, una fuerte identificación político-espiritual con el predominio de los actores que, finalmente, logran modelar el país hacia la segunda mitad del siglo XX. Se ha impuesto entonces ser su historiador. Para que este cometido político-historiográfico sea viable, debe producirse como explicación una genealogía menor que favorezca esa comprensión, pero finalmente también y sobre todo una justificación histórica.

En la composición narrativa que ha construido Caballero es clara la centralidad de la política. El siglo XX es el tiempo-espacio de la política de masas, de la seguridad con respecto a la edificación sin demoras de otro mundo. De la certeza sobre la necesidad de acelerar la historia a fuerza de una voluntad humana persistente, incluso revolucionaria. En Venezuela, desde principios de siglo, se establecen algunos fundamentos relativamente consensuales a partir de los cuales propiciar la democracia, un objetivo viable siempre y cuando se vincule con la apropiación de las riquezas minerales y la eventual distribución social de las ganancias que genera su venta internacional. De modo que es el Estado nacional la instancia llamada a darle operatividad al proyecto. Tiene sentido la pregunta sobre el principio de este proceso. Y ocurre, para Caballero, con la invención de la política como consecuencia de la intervención de la llamada Generación del 28, en el marco de la celebración del carnaval de aquel año. Proscrita la deliberación pública por el gomecismo, un conjunto de demandas incipientes se filtran a través de unas aparentemente frívolas festividades.

En la narración de Caballero tiene primacía analítica lo que hacen determinados sujetos. Son agentes competentes que no solamente tienen un poder de incidencia fundamental, sino que perfilan, incluso, una forma de estar consciente del futuro, a la manera de un individualismo teleológico. Se trata, en todo caso, de una sobrestimación que proviene de las formas regulares de quien confecciona una historia. La narración crea unos agentes sin más condicionamientos que otros sujetos, o la propia limitación de los agentes. Prácticamente no existe ni tampoco subyace al inventario de unas acciones humanas, una configuración estructural que contextualice determinadas decisiones.

Pero para ampliar, sobredimensionándolos, el concurso de sujetos estudiados en la trayectoria de un siglo, el analista debe desmerecer, por ejemplo, la expansión de la economía petrolera durante las primeras décadas del siglo. Un acontecimiento clave en la conformación subjetiva de la nación. Sin embargo, en palabras de Caballero:

La llamada mentalidad “rentista” del venezolano no proviene del largo acostumbramiento al mana petrolero, sino que la precede. Mucho antes de pensar en petróleo, cuando se ignoraba incluso la importancia industrial del hidrocarburo, ya se hablaba, con tono de apostador, del oro de Guayana, de las “riquezas naturales” de Venezuela (2010, p. 85).

El año 28 es cardinal en la construcción discursiva del historiador. Más aun cuando sostiene que aquel acontecimiento supuso sin más el ingreso a Venezuela en la modernidad, de la mano del que será el personal político fundador de los partidos dominantes del siglo XX (Caballero, 2010, p. 101). La gruesa afirmación que asocia la Generación del 28 con la modernidad le viene de otra igualmente gruesa,

relativa a la conjunción entre el nacimiento de la política y los actores que intervienen para desafiar la dictadura gomecista. Los argumentos que abona el autor para la caracterización de un proyecto que busca así implantar el progreso, apunta a que la Generación del 28 produce unas formas de conducta instituidas en la palabra. En el planteo así formulado subyace, en primer lugar, una asociación con la divinidad y su formidable capacidad de nombrar el mundo para investirlo de vida. La palabra en relación con el sistema de Caballero, en segundo lugar, desestabiliza simbólicamente al régimen caudillista surgido de la guerra civil, porque mantiene un imperativo civilizador que contraviene las estrategias represivas, a menudo brutales, más relevantes para agenciarse las contradicciones que comprometen la continuidad del gomecismo.

Otra de las rupturas presentes en el análisis es, precisamente, el carácter colectivo de la juventud que controvierte la tradición impuesta por la primacía del personalismo político. “A la antigua forma de hacer política, a aquel yo, va a oponer la suya, cuyo pronombre es nosotros, la llamada Generación del 28” (Caballero. 1994, p. 291). En realidad debió resultar bastante desestabilizador el hecho de que, frente a las tensiones generadas entre la dictadura y un movimiento, este último apelara discursivamente a la condición de ser un actor que no tenía rostro. Es decir, no se le estaba enfrentando al dominio gomecista otro caudillo, sino un conglomerado de actores civiles desarmados, provenientes de la universidad. El tercer desplazamiento relevante es consecuencia de los anteriores. El escenario para el enfrentamiento político no serán los campos de batalla que se suceden hasta coronar el control de la capital del país, sino que las estrategias de la lucha estarán concentradas en la ciudad. Las consecuencias previsibles apuntan, asegura Caballero, a una despersonalización del poder que una vez que muere el dictador se va a imbricar con la demanda de la democracia, a través de un proceso general cuya orientación fundamental es la secularización de una historia.

En estas condiciones, el análisis de los procesos posteriores se circunscribe a la manera de una historia convencional, sobre cómo la Generación del 28 llega a implantar un modelo de Estado capaz de encarnar la democracia liberal. La historia política del siglo XX implica privilegiar sencillamente los sucesivos logros y las derrotas parciales de la actuación de “los fundadores de la modernidad venezolana”. Pero llama la atención que, más acorde con algunos de estos presupuestos, estaría un acontecimiento posterior, como las movilizaciones que se generan en Caracas a partir del 14 de febrero de 1936. Una vez muerto el dictador en diciembre del año anterior, las demandas democráticas se expresan en la movilización de aquellas poblaciones. En ese contexto, las jóvenes organizaciones sociales se ven precisadas a delinear acciones para tratar de imponer algunos cambios al viejo sistema político. Así lo muestra Caballero:

Caracas es una aldea de unos doscientos mil habitantes, un villorrio de calles estrechas. Poco importa: la impresión dada por los manifestantes es la de toda la Caracas adulta echada a la calle, encabezada por el rector de la UCV, el sabio Rísquez, por Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt, los dos líderes del 28. Pero lo más importante allí no son los dirigentes, sino el pueblo que engrosa el desfile, pues esta no es una forma de participación a la cual esté acostumbrado. Esta vez se están enarbolando consignas abstractas y novísimas, las consignas de la democracia. No se está denostando de un caudillo ni aupando un rival suyo (2010, p. 132).

Ese 14 de febrero de 1936 Caballero lo llama el día en que la sociedad venezolana decidió vivir en democracia. Destaca entonces, más allá de la existencia de un sistema político que personifique esta aspiración, una voluntad social que ha sido persistente. Es el episodio en donde los mismos actores del 28 producen una variedad de acciones de calle para perfilar el curso de los acontecimientos. El sujeto que interviene es la multitud a través de unas formas que el historiador destaca como novedosas para una sociedad cuyas demandas las había expresado a través de las sucesivas guerras civiles del siglo XIX. Pero lo relevante es que a partir de estos acontecimientos se abre un período de movilizaciones sociales, de conformación de diversas organizaciones políticas y de un debate sobre el carácter de la nación y su destino, que es crucial para entender toda la centuria. Se trata de una etapa que se puede situar entre el año 36 hasta noviembre del 48, una vez que se instaura una dictadura militar que clausura por diez años toda la experiencia previa.

Volvamos a Caballero. Su siglo XX entonces se puede entender como la genealogía de una democracia, una voluntad teleológicamente expresada en sus porciones sociales ilustradas para conquistar al resto del país. El gomecismo, en sus términos, es un régimen de fuerza que da cuenta de la última forma verdaderamente caudillista del siglo XIX. El fenómeno del caudillismo representaba

un producto genuino de una misma guerra civil que transcurrió casi sin alteraciones durante cien años, desde el mismo momento en que se plantean las confrontaciones militares en la búsqueda de lo que Carrera llamaba “la ruptura del nexo colonial”, hasta la gestación del sistema castro-gomecista, que logra imponer una paz armada cuando liquida para siempre al caudillaje en la última guerra civil, en 1902.

La marca del siglo XX en Manuel Caballero sería entonces la paz, una situación históricamente inédita que debía entenderse no como la superación del fenómeno de la violencia, sino como la ausencia de la guerra civil. A lo interno de este trayecto, la dictadura de Pérez Jiménez representa un breve retorno militarista, de lo que en realidad es un proceso continuo. Pero si las primeras décadas del XX sirvieron a Caballero para subrayar la política como un acontecimiento de la modernidad que brota de una generación, a través de la palabra revelada, si bien ahora secular, los años finales del siglo en consideración serán los de la “agonía de la política” y seguramente, de la propia modernidad. Una clausura de la política de la mano de la vuelta del caudillismo. Tales afirmaciones son consecuencia no solamente del agotamiento del proyecto político propugnado por los actores herederos del acontecimiento del 28, sino del crecimiento de su alternativa encarnada en el chavismo. Lo que para Caballero va a significar el despliegue de una estrategia aberrante para reencantar la nación. En la narración de la historia de Caballero subyace una lógica binaria que separa fenómenos sociales cuyas expresiones más patentes se reparten entre un tiempo y otro. ¿Más bien no habría que entenderlos como fenómenos complejos cuyas manifestaciones unas veces más transparentes, otras más sinuosas, han acompañado siempre la historia moderna y, al mismo tiempo colonial, de un territorio?

La historia clausurada

En los problemas sobre los cuales hace énfasis Caballero subyacen malestares persistentes. El desprestigio de los grandes partidos, sobre todo, a partir de los sucesos del 27 de febrero de 1989 y días subsiguientes, traerá la aparición de actores sociales originados al calor de las protestas que incesantemente ocurren durante el período. Son los rostros difusos de una multitud que, a diferencia del militante político de los partidos o de los sindicatos, y más concretamente de su liderazgo tan al gusto de Caballero, no pueden acomodarse a una concepción predecible. Son actores que provienen de los intersticios sociales no integrados, como consecuencia de las políticas de ajuste macroeconómico de las décadas de los ochenta y noventa. Una multitud extraordinariamente heterogénea que compone los espacios de la economía informal, pero que seguramente llegó a ser parte alguna vez de la clientela de las organizaciones partidistas hegemónicas, empero, más tarde, con el agotamiento de la democracia liberal de partidos, va a buscar opciones políticas más radicales. En palabras de Steve Ellner,

Los cambios radicales de políticas y estrategia en 1989 tuvieron un impacto fundamental, no solo en el campo económico y político, sino también en el frente social. Las transformaciones económicas estructurales promovidas por el neoliberalismo contribuyeron a la expansión de la economía informal y al debilitamiento de la fuerza laboral organizada. La privatización redujo la influencia de los sindicalistas venezolanos ya que la mayoría de ellos pertenecía a AD y Copei, que controlaban gran parte del sector público (2014, p. 122).

La impotencia intelectual producto de la consternación de Caballero para descifrar el enigma de estos nuevos actores y sus formas no convencionales de intervención política, lo muestra en sus textos e igualmente en sus artículos de prensa de entonces. Sus referencias despectivas a lo que llama el “lumpenproletariado” serán de uso corriente en sus entregas periodísticas. El siguiente comentario lo formula como consecuencia del caos social que supuso las actuaciones de las masas desgajadas durante la semana del 27 de febrero de 1989. Estamos acá ante una indisposición analítica que acompaña al historiador durante todo este lapso. Un desacoplamiento asociado a pensar lo social como el lugar para la emergencia generada por una situación límite que precisa de respuestas políticas. Retornando al comentario puntual de Caballero, se trata de leer el siguiente extracto referido al “sacudón”, para detectar ese malestar que cubre el análisis el lapso marcado por la crisis de la democracia de Punto Fijo, “En este estadio de la protesta popular, es muy difícil totalizar una realidad que a los ojos simples se presenta fragmentada” (Caballero, 2010, p.320).

El extracto es corto pero elocuente. Cualquier investigador formado sabe que, incluso el caos, tiende a presentar formas específicas de estructuración que el observador debe develar, aunque para eso corresponda obviamente distanciarse de lo que el propio Caballero llama en la cita, “los ojos simples” (Ellner, 2014). Caballero acaso pueda justificar este retraimiento de su propio análisis en la creencia de que los hechos políticos conservan en sí mismos cierta autonomía, con respecto al resto de los fenómenos que componen complejamente lo social (Caballero, 1995).

Tal inhibición hacia los fenómenos sociales intuitos por el historiador acaso como aberrantes, se detectan de otras tres formas igualmente elocuentes. Su negativa a realizar un análisis sobre las políticas de ajuste y sus enormes efectos sociales especialmente durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez, debe traer como consecuencia la conformación final de un razonamiento trunco, entre otras cosas, porque las políticas de ajuste implicaban la imposición de un nuevo trato entre una sociedad que no había sido consultada para un cambio en las reglas del juego. Una sociedad que finalmente había entendido la democracia asociada a la realización de un sistema político distributivo, “No se está haciendo aquí un análisis de la política económica, sino de la percepción de ella en el momento en que las aguas se enturbiaron con la sangre derramada el 4 de febrero de 1992” (Caballero, 2010, p. 330).

Naturalmente, cobraba importancia la percepción que se tuvo de las políticas de ajuste, pero es fundamental tener claro de qué se trataba el llamado “Gran viraje”.⁶ De lo contrario, se corre el riesgo de que el esfuerzo de comprensión se torne un tanto fantasmal. El otro ejemplo apunta a la centralidad sobredimensionada que le adjudica Caballero a la actuación ciertamente “dramática” de Carlos Andrés Pérez en la terminación abrupta de su segundo gobierno. Se trata de un recuento que privilegia la pérdida de un liderazgo, pero al mismo tiempo, expresa el progresivo desfallecimiento de la democracia de partidos. Durante este tramo asaz abigarrado, en el que segmentos sociales heterogéneos y políticamente disímiles resisten la implementación de las políticas macroeconómicas, el autor lo despacha poniendo el foco de la observación en la caída de un líder. El proceso complejo que involucra la emergencia de nuevos actores, otras formas de organización popular básicamente locales y la generación de una crisis económica integral, quedan virtualmente a la sombra en su argumentación o se constituyen, en el mejor de los casos, como reflejos del desprestigio del liderazgo de Pérez. La lectura de Caballero centrada en su explicación sobre la extenuación de un sistema político, es consecuencia de lo que le ocurre y de las decisiones que toma o deja de tomar un individuo.⁷

Durante su segundo gobierno, Carlos Andrés Pérez conoció las tres situaciones más amargas de su vida, pero más allá de eso, las más amargas en la vida de todo líder político. En la primera, 1989, se hizo evidente que había perdido al pueblo; en la segunda, 1992, que había perdido al Ejército; en 1993 no solo que había perdido el gobierno, sino algo mucho peor: que había perdido el poder. *Más que una relación detallada de su acción de gobierno*, es el análisis de esos tres momentos lo más interesante (Caballero, 2010, p. 318)

El tercer ejemplo lo ilustra la atención igualmente recargada que realiza en torno a la figura de Hugo Chávez, unas veintiún páginas sumamente inocuas, donde discute las distintas versiones del líder bolivariano provenientes de la opinión común. De esta forma, el historiador pareciera que da el paso correcto en la necesidad de comprender la naturaleza de una crisis terminal, pero en dirección contraria, un despliegue extenso e inútil de sentido común. La complejidad social de aquel momento es de nuevo despachada por Caballero al momento de centrar su análisis en un liderazgo, así sea para denostarlo. No se trata de desmerecer las múltiples versiones que existían de Chávez, pero no necesariamente con el objeto de mostrar una supuesta naturaleza incoherente. Al contrario, la conformación de un liderazgo que expresaba múltiples y heterogéneas demandas revelaba, en este caso, la efectividad política de un movimiento. El fragmento que extraigo, sin embargo, proviene más de la conmoción de las elites urbanas, que de los sectores populares, “La pregunta que se hace todo el mundo es la misma que se hace su propio país, ahora dirigido por alguien que ha surgido de la nada: ¿Quién es Hugo Chávez?” (ob. cit. p. 354)

6 Para un acercamiento sobre las medidas concretamente implementadas y sus efectos, véase: Margarita López Maya. *Del Viernes Negro al Referendo Revocatorio*. Pp. 21-60. Para una idea del último tramo de la democracia de partidos, véase: Leonardo Bracamonte. “La deriva neoliberal en Venezuela hacia finales del siglo XX”. En: *El siglo XX venezolano: análisis y proyección social de una centuria*.

7 Zygmunt Bauman llamaba la atención sobre lo inconducente del ejercicio de comprender a partir de lo que experimenta un individuo frente a determinado acontecimiento: La tarea de la comprensión es comprender los objetos y los acontecimientos como “manifestaciones de vida” de otros individuos. Al hacerlo, estamos guiados por reglas metodológicas endeble e inciertas. *La hermenéutica y las ciencias sociales* (Bauman, 1978, p. 36).

La historia disciplinante

Al pensar los límites de una producción intelectual parece insuficiente el análisis sobre algunos de los textos de Caballero para contraponerlos a una visión crítica más amplia sobre historia social. Conviene, entonces, desplazar la crítica para ponderar la estructuración histórica de una forma institucionalizada de saber. Me refiero a una división del trabajo intelectual cuyas trazas más refinadas se identifican con la idea de disciplina. Esta última, supone un esfuerzo sistemático por parte de las instituciones y de los sujetos que allí laboran concentrados en un conjunto establecido de procesos regulares legítimos, en tanto que pretendidamente universales y por tanto, naturalizados, situados en la generación de un específico disciplinamiento del pensamiento.

La cobertura institucional que contribuye a garantizar la reproducción social de una disciplina se desdobra en la existencia de cátedras, departamentos, revistas especializadas, congresos anuales y la reunión de asociaciones internacionales capaces de convocar a los interesados en defender practicando una parcialidad, con su discurso y sus conceptos al uso. Lo otro que hay que destacar es que esa organización fue históricamente determinada por la conformación geocultural del pensamiento liberal, visto por Immanuel Wallerstein como la ideología mundialmente hegemónica del capitalismo histórico en articulación luego del disturbio francés de 1789. La determinación de la geocultura liberal en las ciencias sociales tuvo expresiones claras, en la adopción de la idea de progreso, como paradigma asociado a un horizonte constitutivo de sentido. Pero más aún, en la creación de unas presuntas esferas sociales dotadas de autonomía, el Estado, la sociedad civil y el mercado, para las cuales se conformaron disciplinas capaces de responder a las demandas sociales por saber, vinculadas de esta forma a esos territorios cognitivos: la ciencia política, la sociología y la economía.

La historia entendida como disciplina en el marco de un sistema de saber específico es expresión constitutiva de la división epistemológica asociada a la existencia de tradiciones nomotéticas e ideográficas, que han tensionado incesantemente el campo de las ciencias y las humanidades. La producción de saber en historia debía ser entonces secular, a través de un discurso básicamente descriptivo orientado a la comprobación de los acontecimientos específicos invariablemente soportados por documentos primarios que generalmente reposaban en archivos, a la manera de un laboratorio. Pruebas escritas que habían sido generadas preferiblemente al momento en que se desencadenaban los acontecimientos, juzgados como relevantes en función de intereses que constituyen el presente de los historiadores profesionales. El hecho de que los rastros documentales de los acontecimientos reposaran en los archivos ya iba condicionando lo que podía ser susceptible de examinar históricamente.

El talante de un historiador supuestamente desinfectado de valoraciones era expresión de la innovación historiográfica planteada por Leopold von Ranke durante el siglo XIX, para quien la historia moderna debía realizarse como disciplina a través de un conjunto de esfuerzos procedimentales sostenidos para explicar los sucesos pasados despojados de efectos contaminantes como la fábula o la especulación. El cuidado de que las afirmaciones del historiador de oficio estuvieran soportadas por un trabajo previo asociado a un escrupuloso cubrimiento empírico expresado en fuentes primarias, para posteriormente acoplarlas a la lógica secuencial de una narración ideada, sin embargo, producto de convenciones literarias subyacentes, constituía buena parte de la estrategia que conduciría a la verdad.⁸ En esto se traducía la idea de la objetividad rankeana, simplificada en su llamado a escribir la historia *wie es eigentlich gewesen ist* “como sucedió en realidad”. Esto significaba, en los términos aportados por Wallerstein, que la historia está en busca de la ciencia (Wallerstein. 2005, p. 97).

El territorio sobre el cual iba a desplegarse la capacidad explicativa de la historia era generalmente el mismo del resto de las disciplinas de las ciencias sociales. Debían ser los espacios donde se asentaban las naciones estatales modernas, pero concebidas hacia atrás. Como si los dispositivos estatales nacionales hubieran existido siempre, claramente como posibilidad teleológica; por consiguiente, estarían dotados de eternidad. Esto comprometía, desde la partida, aquella aspiración fundante pero finalmente ingenua que demandaba un tratamiento desencantado del pasado. Además de que la producción historiográfica se constituía como una disciplina severamente Estado-céntrica. Su noción del tiempo traduce los acontecimientos históricos, tratados como los átomos que subyacen en todo organismo vivo. Un tiempo meramente cronológico, de fechas, que ofrece al estudioso la precisión de unos datos a través de los cuales se pretende capturar simplificando la complejidad social. Su perfil científico altamente

8 “Sigue siendo una pena que la mayoría de los historiadores profesionales se hayan mostrado, hasta ahora, renuentes a reconocer la poética de su trabajo, las convenciones literarias que observan” (Burke, 2005, p. 182).

positivista y antiteórico se distanciaba y se distancia, sin embargo, de explicaciones que direccionan su esfuerzo de comprensión hacia el establecimiento de generalidades, de regularidades sociales, es decir, más nomotéticos.

La convicción de los historiadores ideográficos en defensa de su epistemología se expresaba en varias argumentaciones que buscan contrastarse de tradiciones nomotéticas, en la emergencia de hacerse de un campo específico. El planteo básico se circunscribía a la premisa de que existe un mundo real que es posible conocer. La historia moderna se imponía el imperativo del examen sobre “hechos”, al tiempo en que cuestionaba otros abordajes procedentes de la filosofía. Su postura era entonces desde la partida, antinomotética. Es por eso que la historia se colocaba, en la guerra de las dos culturas planteadas por C.P. Snow, en el ámbito de las humanidades,

En su lucha por liberarse de las presiones sociales de la hagiografía, hacían hincapié en el empirismo, en la búsqueda de fuentes de hechos reales. Ser nomotético era teorizar, es decir, especular. Significaba ser subjetivo y, en consecuencia, ir más allá de lo cognoscible o, peor, proporcionar una descripción prejuiciosa e incorrecta de los hechos (Wallerstein. 2005, p. 98-99)

El punto central en la controversia implicaba que la búsqueda de regularidades si bien en el ámbito de la ciencia de la naturaleza podía ser plausible, en los órdenes sociales y más concretamente en la historia, no tenían legitimidad puesto que la determinación de la voluntad humana y su centralidad invalidaba las intenciones de hacer generalizaciones, esto es, de predecir el comportamiento humano. De lo que se desprendía era que los hechos de la historia estaban revestidos de una particularidad radical. Entonces acá conocer suponía develar explicando la singularidad del acontecimiento. Ante el supuesto de que los fenómenos deben categorizarse y están inscritos en regularidades sociales, los historiadores humanistas sostenían que el carácter racional del mundo humano implicaba que la existencia de la voluntad de las personas y su proyección como historia hacia descaminada cualquier formulación asociada a la búsqueda de pautas que den cuenta de algún principio de funcionamiento social. Su forma de explicar hace énfasis en develar la densidad de la textura de la vida real.

Tales afirmaciones contaban con importantes implicaciones. ¿Si las generalizaciones eran una práctica arbitraria para el estudio de las sociedades, entonces cual era el sentido de escribir historia? La pregunta la formula Wallerstein. El mismo autor propone una respuesta: “La única razón lógica posible era la comprensión por empatía [...] La justificación es estético moral, semejante a la respuesta que daría un dramaturgo si se le preguntara por qué escribe obras de teatro” (Wallerstein. 2005, p. 99).

Probablemente los cuestionamientos más contundentes hacia la antinomia los formularon las primeras generaciones de historiadores de Annales. Solo mencionaremos el núcleo de la discusión que llevó adelante Braudel en relación con problematizar las nociones corrientes del tiempo, no solo en el caso de los historiadores obsesionados con el acontecimiento, sino para el resto de las ciencias sociales, cuyas nociones temporales igualmente implicaban simplificaciones ajenas al mundo social real. En tal sentido Braudel zanjó la disputa entre las epistemologías en la proposición de tiempos sociales disímiles pero complementarios. Esta discusión se desdobra en otra fuente de problemas que nos interesan remarcar. ¿La prevalencia por el análisis sobre unas estructuras aparentemente inmovibles, no termina disolviendo lo socialmente antagónico inherente de toda historia?

La verdadera diferencia entre la corriente “positivista”, que domino la historiografía moderna durante mucho tiempo, y los historiadores analíticos, “opuestos al establishment”, no radicaba en sus posiciones encontradas acerca de la interpretación, sino en si los motivos ocultos que busca el historiador eran motivaciones individuales, o fuerzas colectivas o incluso objetivas. Sin duda, este debate existe, pero no gira en torno a la supuesta diferencia entre ciencias y humanismo⁹ (Wallerstein, 2005, p. 100).

La orientación básica sobre los dilemas que ofrecen las antinomias apunta, en primer lugar, al esfuerzo por reconocer su existencia y en segundo lugar, a tratar de superarlas analíticamente. Finalmente plantea Wallerstein.

Afirmar que la sociedad está compuesta por individuos dice tanto como afirmar que las moléculas están compuestas por átomos. Es la reafirmación de una taxonomía que no hace sino definir y no la indicación de una estrategia científica. Al afirmar que los agentes “actúan” y que las estructuras no tienen “voluntad” se evita responder dónde podemos ubicar los procesos reales de toma de decisiones.

9 *Ibidem*. p. 100

Seguramente, hemos superado la ingenua distinción entre cuerpo y mente. Si la agencia del agente es producto de una interacción compleja entre su fisiología, su inconsciente y sus restricciones sociales, ¿es tan difícil aceptar que la acción colectiva también es consecuencia de un conjunto similar de variables que interactúan? Afirmar que la realidad de la estructura determina los resultados no implica negar la realidad de los actos individuales, del mismo modo que afirmar la realidad de los procesos psicológicos no implica negar la realidad de los procesos fisiológicos (ob. cit. 106).

El enfoque limitado de la historia disciplinante sería entonces un relato esencialmente humanista, un único e irrepetible despliegue de la voluntad humana considerada en el tiempo cronológico. Las narraciones históricas funcionaban socialmente sobre todo porque debían establecer una relación empática, sublime y despolitizada con los contemporáneos. La composición asaz abigarrada de la historia disciplinante alberga los malestares de las dos culturas. En los términos planteados por Wallerstein el tiempo, o más claramente la duración braudeliana, es central en los análisis sociales, pero no sería ya a la manera de la historia disciplinante y su noción del tiempo cronológico, sino como herramienta estratégica de una epistemología tendencialmente reunificada.

¿Qué tienen que ver estos últimos rodeos con el análisis de la obra de Manuel Caballero? ¡Todo! Los componentes teóricamente relevantes de la disciplina de la historia, pocas veces advertidos por los propios historiadores disciplinarios, dan cuenta del contenido de un enfoque, de los problemas escogidos, de los asuntos que quedaron al margen de un discurso y tendencialmente prefiguran una determinada posición política. No se está sosteniendo acá que el estado del arte de los estudios de la historia sea el mismo con el que finalmente se le distinguió para justificar una institucionalización separada; se afirma, sí, que buena parte de esos componentes teóricamente fundantes de la disciplina, se encuentran incrustados en la producción intelectual de Caballero. Su planteo es constitutivo de una tradición firmemente ideográfica.

Para una historia social abierta

Ahora contamos con más información para regresar a la discusión en torno a lo que llamé, al principio de este trabajo, las líneas de una estrategia de distinción para la configuración de un auto-retrato del historiador Manuel Caballero. El primero de esos axiomas afirmaba que la historia debía asumirse “como un combate central contra la historia mítica”. Parece claro que el análisis sobre los procesos sociales tiene como condición de posibilidad, el no reproducir las pautas de un planteo que reclame legitimidad a partir de alguna conexión divina. Sin embargo, los actores sociales, las acciones colectivas, los sistemas sociales, e incluso los individuos no se movilizan a partir de preceptos estrictamente mundanos. En consecuencia, la historia no puede ser discernible a través de una racionalidad incontaminable. La politización de los sectores populares no se materializa a partir de llamados a impulsar una demanda a través de procesos administrativos.

Las sociedades producen imaginarios que, en determinados momentos, pueden funcionar como fuerzas estabilizadoras que justifican el orden arbitrario, pero en contextos muy diferentes pueden propiciar la movilización de extensos sectores sociales. La pregunta crucial aquí tiene que ver con el esfuerzo por descifrar la funcionalidad de los mitos en la conformación de lo social. Además, el contenido de tales construcciones colectivas revela las marcas de un sistema social específico. Los esfuerzos deben estar orientados a discernir un fenómeno social y no a mantener una relación de complicidad para justificar un orden de cosas determinado.

Este materialismo ingenuo de Caballero lo privó de comprender la producción de mitos generados durante el siglo XX como consecuencia, por ejemplo, del carácter rentista de la economía. En esas condiciones no desapareció enteramente el personalismo político, uno de los argumentos centrales con los cuales justificaba la pertinencia histórica de la democracia de partidos, sino que fue revestido de otras características vinculadas a individuos capaces de llevar adelante proyectos fantásticos a partir del manejo de amplios recursos, siempre y cuando ocuparan la presidencia de la nación. Otra construcción mítica estuvo anclada en la idea de que Venezuela representaba un modelo de estabilidad antes de 1989. Una nación que contaba con un sistema político que podía compararse con los sistemas políticos de los países centrales, y desde este punto de vista, no era atractivo para los científicos sociales. Los sucesos del 27 de febrero cancelaron estas creencias sociales. La historia política se puede analizar desde la producción social de mitos entendidos como ideas-fuerza que contribuyen a explicar, en términos más

complejos, lo humano. Jesús Puerta tiene una idea más amplia de la potencia del sentido político de los mitos.

Muchas cosas de la política (las mejores, que no la politiquería y las maniobras diarias) se explicarían descubriendo esta dimensión mítica y religiosa inevitable en ella: sacrificios sublimes, compromisos hasta la muerte, conductas obsesivas, transformaciones inconcebibles, encarnaciones individuales y colectivas y enamoramiento de masas. Todo ello puede resultar necesario para emprender los grandes objetivos políticos, como podrían ser liberar una patria, construir una nación, transformar las relaciones sociales, hacer una revolución, variar las relaciones entre los Estados. Podríamos entender la política activa como la secularización de la religión o la encarnación de un mito en las masas (Puerta, 2014, p. 62).

La segunda premisa que plantea Caballero tenía que ver con el argumento según el cual la historia “no es maestra de vida”. El historiador interpreta esta proposición como el imperativo de emprender una construcción de la historia despojada de valoraciones que ahoguen un análisis riguroso. Pero la sentencia tiene otros presupuestos que quisiera discutir. Claramente se deriva de la creencia subyacente de que la reconstrucción de la historia se establecía a partir de explicar un acontecimiento en su singularidad. Este supuesto también es una derivación de la epistemología ideográfica. El carácter irrepetible de los fenómenos de la historia hace inconducente que las implicaciones de un periodo histórico valgan para el examen de otro proceso. O más grave aún, que el lapso examinado pueda arrojar luces a los contemporáneos. Se trata de una idea de rigor torcida que tiende a neutralizar el alcance del conocimiento histórico, un conocimiento que, en buena medida, sólo se ve realizado si a los contemporáneos, e incluso, a las generaciones sucesivas, les sirve como una contribución para delinear las estrategias de sus luchas incesantes.

Esta creencia de que la historia no es maestra de vida tiene, entonces, relación con el comentario realizado por Wallerstein asociado a que esta noción tendría sentido, únicamente, si la finalidad de la historia se realizara a través de la “comprensión por empatía”, justificada a lo interno de una exclusiva dimensión “estético moral”.

Concretamente, Caballero temía honestamente que la utilización de la historia por aquellos que llamaba “profetas armados” traería como consecuencia un culto a los muertos, obviamente a determinados muertos, con el objeto de justificar un proyecto político. Quisiera proponer una interpretación sobre lo que creo estaba ocurriendo, sin negar por ello la importancia de los llamados de alerta que hacía el historiador.

Lo que subyacía en ese planteo se desprendía del hecho de que, para el momento en que Caballero llamaba la atención sobre este asunto, el discurso del chavismo había tomado la historia, en los términos planteados por el colombiano Medófilo Medina, “como la matriz de su programa ideológico”. De seguro, el centro del malestar consistía en la pérdida del monopolio sobre el conocimiento de la historia, que se estaba trasladando desde el debilitado y pobremente autónomo ámbito universitario hacia los intereses del campo popular, para finalmente articularse como un nuevo sentido común de grandes porciones de la población; con todo, sabemos que una de las condiciones de posibilidad del crecimiento de un movimiento tan potente como, en su momento, lo fue el chavismo, es una previa crisis institucional en todos los órdenes, incluyendo el espacio de las universidades.

La tercera premisa, que guarda una estrecha relación con las dos anteriores, está asociada al extravío que para el autor significaba interpretar lo real inmerso en “las fuerzas ciegas” de la historia. En sus términos, estos enfoques aludían a la existencia objetiva de fuerzas subyacentes entendidas como marcos inmovibles que reorientaban condicionando la acción de los agentes. Ya nos hemos referido a las implicaciones teórico-políticas que tendría el desarrollo de uno de los extremos de esta antinomia, y cómo el enfoque ortodoxo del historiador convencional se refugia en el vicio de un individualismo teleológico. Pero tal como se ha probado aquí, aquella búsqueda de un tratamiento que hace énfasis en el análisis de las acciones de los agentes -lo que Peter Burke llama “intencionalismo” (2005, p. 187)- terminó por no considerar la obra magnífica de esos mismos agentes, su logro máspreciado y complejo, la propia sociedad. Los límites se mostraron, por ejemplo, en el tratamiento débil que Manuel Caballero realiza sobre el último tramo de la historia política del siglo XX.

La crítica que emprende Caballero aunque consistente durante su trayectoria intelectual, no puede afirmarse que finalmente sea una crítica relevante ni mucho menos coherente. Sus llamados de atención se detienen en el plano de la controversia política, en ningún caso trascienden hacia una construcción epistemológica alternativa, asociada a la emergencia por redimensionar su propia perspectiva histórica. De esta forma su confrontación político-intelectual en contra del personalismo político quedaba epistemológicamente trunca.

Fernando Coronil y El Estado mágico: La emergencia de otra historia política

En uno de sus artículos más sugerentes, el gran intelectual latinoamericano Bolívar Echeverría, a la hora de responder por “el sentido del siglo XX”, formula una serie de preguntas que un análisis verdaderamente crítico debe incluir, como los supuestos centrales de cualquier construcción del discurso histórico. Planteamientos que, desde el principio, dejan claro que el trabajo del historiador no debe simplificarse en la tarea vergonzante de constituirse en un coleccionista de antigüedades, en el practicante de una disciplina cerrada, dogmática, parroquial y monumentalista. Tales preguntas son reveladoras puesto que dejan sin efecto la “presencia” de un pasado muerto, cuyos despojos aguardarían al historiador para que lo rescatara a propósito de alguna fecha celebratoria de la existencia de una comunidad nacional necesariamente eterna.

¿Qué historia es la que estamos viviendo? ¿Qué narración es capaz de contar de mejor manera – con mayor coherencia dentro de la época y con más capacidad de asociación hacia afuera de la misma – lo que pasa actualmente? ¿De qué se trata, en verdad, todo esto que nos sucede? ¿Cuál es el sentido de los hechos que presenciamos y que nos involucran? (Echeverría, 2006, p. 93).

El texto de Fernando Coronil *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela* (2013),¹⁰ aborda algunas de las inquietudes planteadas arriba. Planteamientos que, al mismo tiempo en que se desenvuelven a través de la centralidad de una narración histórica, no por ello dejan de incluir un ejercicio de relacionamiento permanente con el objeto de discernir las pautas de una configuración social específica. Sirva esta última sección para mostrar, contrastando las potencialidades de un enfoque realmente crítico, lo que podría ser el trazado de un estilo de pensamiento que se orienta hacia una construcción comprensiva que historiza, al mismo tiempo en que desnaturaliza, las lógicas del poder social. Por lo que no establece una relación empática con una determinada configuración histórica percibida comúnmente como natural o históricamente necesaria.

El lapso cubierto por Coronil para emprender su extensa investigación es prácticamente el mismo que el tiempo que traza Caballero para representar su siglo XX. Sin embargo, mientras Caballero confina su análisis a las idas y venidas de acciones desplegadas a lo interno de sistemas políticos nacionales específicos, dictatoriales o democráticos, o las formas consideradas como híbridas, el punto de partida de Coronil supone un despliegue estructural centrado en la formación histórica del petro-Estado venezolano, entendido como “agente trascendente y unificador de la nación”. Aquí, el Estado es la instancia referencial de un específico relato histórico; en tanto que administrador de los recursos petroleros, su capacidad de capturar y distribuir ingentes recursos lo convierte en el actor central de una trama fantástica, un agente trascendente que nada tiene que ver con la vida de los venezolanos. De ahí proviene su carácter mágico.

La historia de Coronil, si bien otorga un carácter específico a una nación afirmada sobre un territorio, al mismo tiempo sus procesos no ocurren exclusivamente a lo interno del espacio de la nación, sino que transcurren en el marco de un sistema mundial capitalista y por eso mismo moderno. Su análisis se desplaza de un lugar a otro, según lo demanden las lógicas inherentes a su propio enfoque. En sus palabras:

Al mostrar cómo la historia laberíntica de Venezuela transcurre en el seno de un laberinto mayor, confío en contribuir a desalentar la idea falsa de que su historia puede quedar contenida dentro de fronteras fijas de orden territorial, temporal o cultural (Coronil, 2013: 29).

10 Fernando Coronil Imber fue un historiador y antropólogo venezolano. Profesor en la Universidad de Michigan. Murió en 2011.

Bracamonte, Leonardo (2021). El historiador brujo o la razón diluida. Manuel Caballero reconsiderado.

Revista Estudios Culturales, 14 (28), 163-179.

Al igual que Manuel Caballero, la narración de Fernando Coronil registra los acontecimientos emblemáticos del lapso considerado, pero éste último lo inscribe sistemáticamente como contribución a la pregunta por la formación de un Estado que, con el desarrollo del siglo XX, llega a determinar integralmente la deriva de una historia “laberíntica”. Los sujetos de esta narración no actúan fuera de su tiempo ni de su espacio (un tiempo y un espacio que igualmente son objeto de una discusión teórica en la primera parte del texto) sino que son agentes fraguados como parte constitutiva de una estructuración histórica periférica, cimentada en los intersticios de la economía petrolera. En realidad, la potencia del planteamiento es resultado de un enfoque de la historia vinculado con tradiciones críticas presentes en las ciencias sociales. Su planteo holístico lo va conformando a partir de lo que llama el olvido de la naturaleza para la teoría social occidental.

A partir de los textos de Marx, en uno de sus planteamientos centrales que sostiene que en el proceso social de producción hay que considerar la trinidad trabajo/capital/tierra, en la práctica el propio Marx tiende a apartarse de tal premisa. Coronil mantiene que con el objeto de dar cuenta de la generación de riqueza a lo interno de una sociedad nacional, Marx termina privilegiando la relación capital/trabajo. Esta interpretación tuvo entonces alcances significativos en las ciencias sociales, a la hora de comprender nuestro mundo moderno.

Una de las implicaciones tuvo que ver con la relegación de la categoría del espacio en función de la primacía del tiempo en las construcciones teóricas. Esto supone hacer abstracción de la naturaleza, de los recursos y de los territorios en la evolución del capitalismo histórico. Pero igualmente trae otra consecuencia. Suponía el ocultamiento en las diferentes tradiciones analíticas de las ciencias sociales, de la experiencia colonial como espacio estratégico para la constitución histórica del sistema social moderno. En la medida en que sin el aporte material de la naturaleza en los territorios periféricos, no es posible entender plenamente la conformación del capitalismo global. Más bien con la desaparición del orden de la naturaleza las naciones centrales se conciben como productos autogenerados y autopropulsados, a la manera en que los llama Coronil, de una historia que a partir de algún momento tendió a experimentar diferentes formas de expansión. Estas perspectivas constitutivamente eurocentradas producen una narración que coloca a Europa como único sujeto histórico.

De esta forma, Fernando Coronil irá construyendo un campo de análisis unificado capaz de configurar una totalidad ya no centrada solamente en una división internacional del trabajo, (haciendo abstracción de sus bases materiales), sino de forma más compleja, en una división global de la naturaleza. Una totalidad capaz de integrar de forma lúcida en una verdadera historia crítica, el concurso de otros actores, de otras memorias subalternas y de otros territorios, incluyendo a los espacios que ocupan los Estados periféricos o neocoloniales, usualmente exportadores de materias primas. En palabras de Coronil:

Recordar la naturaleza – reconocer teóricamente su significación histórica – nos permite replantearnos las historias dominantes del desarrollo histórico de Occidente y poner en tela de juicio la idea de que la modernidad es hija de un Occidente autopropulsado. Una naturaleza reconceptualizada nos permite incluir en nuestros recuentos históricos no solo un conjunto más diversificado de actores históricos, sino también una dinámica más compleja (ob. cit. p. 44)

De los aspectos distintivos asociados al carácter de los Estados periféricos exportadores de naturaleza, tiene que ver con el tipo de relación que mantienen con las sociedades sobre las cuales estas instancias se imbrican. Vale la pena recuperar esta premisa del texto de Coronil porque establece una peculiaridad de la historia política del largo siglo XX venezolano. Mientras que, sostiene Coronil, en los Estados metropolitanos la retención de una parte del valor generado en forma de impuestos, constituye una dinámica immanente donde los Estados dependen de sus sociedades, en los Estados periféricos exportadores de naturaleza estos procesos ocurren de otro modo.

Así pues, en los intersticios del mundo neocolonial, los Estados establecen políticas para captar fundamentalmente los recursos de la renta producto de la venta internacional de la naturaleza. Esto plantea la existencia de Estados que han establecido formas de autonomía con respecto a sus propias sociedades. Tal peculiaridad no controvierte, sin embargo, el principio según el cual se trata de Estados que históricamente se posicionan en el sistema-mundo capitalista como subalternos, pero cuyas relaciones estructurales con respecto a sus propias dimensiones sociales han sido radicalmente asimétricas. Se trata de una de las características que explica la distinción de lo que Coronil llama “la riqueza de las naciones pobres”.

La visualización de una fisonomía económica hasta ahora inalterable es estratégico para pensar la historia venezolana del siglo XX largo. Una historia marcada estructuralmente por los efectos fundamentales que produjo la expansión del negocio petrolero en el país. La generación de un nuevo escenario desde los tiempos del régimen gomecista, obliga a que examinemos un conjunto de aspectos que posibilitan la existencia de un espacio-tiempo situado en la larga duración. La descripción aportada por Coronil retrata esa regularidad. Me refiero entonces a una condición histórico-estructural capaz de favorecer una articulación socio-cultural específica., sobre la cual este autor apunta “La circulación interna de los ingresos provenientes del petróleo creó un mercado local de consumidores sin una contrapartida de productores” (ob. cit. p. 135).

Con estas consideraciones aplicadas sobre la historia de Venezuela se pueden extraer otras interpretaciones que conduzcan a una crítica de las narrativas predominantes. Escogeremos algunos temas que nos parecen sugerentes a la hora de suscitar un debate en torno a la emergencia por abrir la historia.¹¹ Uno de los planteos más sugerentes tienen que ver con lo que llama Coronil los dos cuerpos de la nación. Coronil comenta que las memorias nacionales se articulan como recuerdos que se superponen a olvidos convenientes a la hora de imaginar una comunidad nacional históricamente viable. Es el caso de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Existe una opinión socialmente extendida solidificada por una historiografía que arroja a la dictadura gomecista vista como expresión de formas retardatarias, al tiempo en que luego de la muerte del dictador Venezuela se encaminaría a otra historia signada por la ampliación democrática, e incluso como lo comentaba el propio Manuel Caballero, por la llegada de la modernidad.

El punto crucial aquí tiene que ver con que estas afirmaciones ocultan, como lo demuestra Fernando Coronil, las profundas continuidades estructurales entre la dictadura gomecista y los gobiernos posteriores. Continuidades cimentadas en la creación de un petro-Estado gomecista cuya fuerza cohesiva es, finalmente, capaz de imponer un dominio efectivamente nacional que culmine con el país archipiélago propio del siglo XIX. En tal sentido, la nación ha fundado sus bases en una estructura y a partir de unas lógicas de relacionamiento, fraguadas en una dictadura militar. El avance del negocio petrolero, empresas que constituían la punta de lanza del capitalismo global en una nación asolada por las guerras civiles y la pobreza general, igualmente contribuyó a consolidar el dominio personalista de Gómez.

Los recuentos dominantes, resueltos a indicar una ruptura entre la dictadura gomecista y los regímenes después establecidos, han escamoteado hasta qué grado el Estado contemporáneo se sustenta en una estructura construida durante aquella. Sin embargo, la “democracia moderna” de Venezuela, construida febrilmente en oposición a la “dictadura primitiva” de Gómez es, de hecho, su antítesis, la otra cara de la misma moneda. A pesar de las significativas diferencias entre el gobierno dictatorial de Gómez y los regímenes liberales erigidos como contraste, uno y otro se conformaron como Estados de una nación petrolera (Coronil. 2013, p. 145)

Pero el punto en concreto que quiero extraer de los planteos realizados por Coronil, tiene que ver con la conmoción sufrida por el llamado “proyecto nacional” cuya edificación, sin embargo, ha destacado Carrera Damas desde los tiempos de lo que llama “la ruptura del nexo colonial”. Coronil sostiene que a lo interno de esa continuidad “epidérmica” subyace un desplazamiento que apunta a una clara discontinuidad. La misma incapacidad para develar tal desplazamiento tiene que ver, según el propio Coronil, con el olvido de la naturaleza, es decir, la nueva realidad se dio por sentada y los intereses económicos asociados a la gran transformación fueron de esta forma naturalizados. Se trata del surgimiento del concepto de Venezuela como nación petrolera. Es en este contexto que los principios liberales fueron resemantizados como consecuencia del nuevo estado de cosas. No iba a ser tanto el trabajo individual sino la propiedad colectiva de la tierra administrada por un Estado efectivamente nacional, el fundamento ideológico y material del liberalismo venezolano. El valor de esta interpretación está en visualizar una peculiaridad, me refiero a la existencia de lo que Coronil llama los dos cuerpos de la nación.

11 El llamado de abrir la historia lo asociamos aquí con el planteamiento adelantado hace ya varios años por la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, y en particular por su presidente Immanuel Wallerstein. *Abrir las ciencias sociales*. México, Siglo XXI, 2006.

Si se pudiera apreciar este proyecto desde una altura se podría ver este cambio como el surgimiento del concepto de Venezuela como nación petrolera. Durante el gobierno de Gómez llegó a entenderse que la entidad llamada Venezuela no solo estaba constituida por su pueblo, sino también por su principal fuente de riqueza; no solo por su cuerpo social, sino por su cuerpo natural (ob. cit. p. 135-136).¹²

Me referiré a uno de los momentos culminantes de esta historia “laberíntica” que construyó Fernando Coronil. Se trata de la crisis de una idea de democracia que la dirigencia de las organizaciones políticas habían planteado desde mediados de la década de 1930, cuando se habían producido consensos básicos capaces de transversalizar los principios ideológicos de los nacientes actores que iban a protagonizar el siglo XX, hasta exactamente el fin de ese siglo en términos cronológicos. Este lapso terminal igualmente lo considera Manuel Caballero, dándole un efecto de cierre cuando ya para él ni la política ni los actores que la ejercen le parecían reconocibles. Pero Coronil le apunta específicamente a la ruptura con relación a la historia previa, cuando identifica un conjunto de políticas de ajuste macroeconómico que el gobierno del “Gran Viraje” de Carlos Andrés Pérez estaba impulsando sin preparar a la población. Concretamente llegaba a su fin, o al menos así parecía, el contenido de un proyecto cuya trascendencia estaba asegurada por la capacidad de distribución de las riquezas que provenían de la venta internacional del petróleo. Un proyecto que se materializaba en la preexistencia de los dos cuerpos de la nación comentada anteriormente.

Pero en la petrodemocracia venezolana esta iniciativa (se refiere al aumento del precio de la gasolina, el más barato del mundo, como parte de un programa macroeconómico integral), rompía el lazo que unía al cuerpo político como dueño colectivo del cuerpo natural de la nación; al violar lo que la gente consideraba su derecho por nacimiento, quebraba un vínculo moral de protección entre Estado y pueblo (ob. cit. p. 455).

Uno de los aspectos mejor logrados por Coronil tiene que ver con la visibilidad puesta sobre la constitución de unos sujetos conformados como consecuencia del incremento y la movilidad de los recursos provenientes de la renta petrolera, acentuada, sobre todo, durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez desde 1974. Se trata de una reconfiguración del poder político y empresarial, extendido aguas abajo, hacia el conjunto de la sociedad. El autor logra visualizar, desde la cima, un campo político-empresarial cuyos actores establecen estrategias que al tiempo en que contribuyen a obstaculizar los procesos de desarrollo industrial, se esfuerzan en acumular un dinero esparcido como consecuencia del incremento de los precios del petróleo. La emergencia de la constitución de oligarquías alrededor del interés por privatizar una renta pública supuso un quiebre de la normalidad que iba a producir unas convenciones sociales inmanentes, unas prácticas delictuales y una idea de las jerarquías que distinguían a buena parte de los sujetos que hacían parte del mundo político de entonces. Comenta Coronil: “la honestidad era un asunto práctico; no consistía tanto en no ser deshonesto como en saber cómo lidiar con la deshonestidad” (ob. cit. p. 381). Esta noción última de la jerarquía, por su parte, se expresaba no solamente en la existencia de una relación peculiar a lo interno del campo político-delictual, sino en las formas como esos sujetos se relacionaban con su propia sociedad. Acá la metáfora de la existencia de un cuerpo indigesto, compuesto de una sociedad deforme y pacata, cobraba sentido para los analistas del momento.

La enorme contribución intelectual de Fernando Coronil resulta trascendente puesto que pone de manifiesto las claves para una comparación, por ejemplo, entre los instantes durante los cuales el país asistió a un alza fundamental de los precios del petróleo en el marco del largo siglo XX y sus efectos letales en los órdenes sociopolíticos respectivos. Efectos considerables que han terminado por limitar los alcances de un orden social entero, así en la experiencia democrática frustrada del trienio 1945-1948, en la profundización de la dictadura militar de la década de 1950, en la descomposición de la democracia de partidos hacia finales de la década de 1970 y en la deriva conservadora y corporativa durante el último tramo de los gobiernos del chavismo (2007-2013).

12 Más adelante sostiene: “Aunque la tierra y sus productos se celebraban en la poesía y en las artes visuales, la música y las canciones populares, la agricultura no le proporcionaba a Venezuela una fuente común de identificación nacional. Por el contrario, a medida que se expandía la industria del petróleo y cambiaba la sociedad venezolana, tuvo lugar un desplazamiento perceptible” (Coronil. 2013, p. 136).

Referencias

- Bauman, Zygmunt. (1978) *La hermenéutica y las ciencias sociales*. Nueva Visión.
- Burke, Peter. (2005) *Historia y teoría social*. Amorrortu.
- Bracamonte, Leonardo (Coordinador). (2014) *El siglo XX venezolano: análisis y proyección histórica de una centuria*. Celarg.
- Caballero, Manuel. (2010) *Historia de los venezolanos en el siglo XX*. Alfa.
- (2004) *Rómulo Betancourt, político de nación*. FCE.
- (Compilador, prologo y comentarios) (1999). *Diez grandes polémicas en la historia de Venezuela*. Contraloría General de la República.
- (1995) *Ni Dios ni Federación*. Planeta.
- (1994) *Gómez, el tirano liberal*. Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- (1990) *El Poder Brujo. Ensayos de Polémica y otras tintas*. Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Coronil, Fernando. (2013) *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Alfa.
- Echeverría, Bolívar. (2006) *Vuelta de siglo. El perro y la rana*.
- Ellner, Steve. (2014) *El fenómeno Chávez. Sus orígenes y su impacto (Hasta 2013)*. Celarg.
- López Maya, Margarita. (2005) *Del viernes negro al referendo revocatorio*. Alfadil.
- Puerta, Jesús. (2014) *Interpretar el horizonte. El sentido ético y político de la militancia*. Caracas, Celarg.
- VV.AA. (1999) *La razón como pasión. En torno a Manuel Caballero*. Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación- UCV.
- WALLERSTEIN, Immanuel. (2006) *Abrir las ciencias sociales. Siglo XXI*.
- (2005) *Las incertidumbres del saber*. Gedisa.